

UNA BÚSQUEDA IMPOSIBLE

PLAN DE CONTINUIDAD PEDAGÓGICA – GUÍA DE ORIENTACIÓN

| | | |
|----------|-----------------------------|---|
| 1 | PARA LEER | <p>Texto que se propone al final de este documento: Sztajnszrajber, Darío. “¿Para qué sirve la Filosofía?”. Ed. Paidós, Buenos Aires, 2013 (2018).</p> <p>Como vamos a leer un capítulo de un libro algo sacado de contexto, explicamos un poquito cómo está narrado: el autor está recorriendo sin sentido ni dirección el conurbano bonaerense. Se sube a transporte público sin tener idea hacia dónde va, interactúa con personas a las que no conoce, erra por calles desconocidas sin ningún tipo de orientación. En medio de la madrugada, se sube al tren en una estación aparentemente sin nombre y entre los viajeros se encuentra un grupo de adolescentes. A partir de allí, acaece la siguiente secuencia:</p> |
| 2 | PROPUESTA DE TRABAJO | <p>Para pensar: -¿Para qué sirve la Filosofía? -¿A qué se refiere el autor del texto cuando habla de “la condena de la filosofía”?</p> |
| 3 | TU OPINIÓN | <p>Para el docente es importante conocer tu opinión sobre el presente plan de actividades a distancia. Podés expresar tus sensaciones sobre las actividades que estamos realizando en la materia, dificultades para resolverlas, logros obtenidos o lo primero que se te venga a la cabeza. Lo podés hacer por escrito, por mensaje de audio o video.</p> |
| 4 | FECHA DE ENTREGA | <p>Lunes 18 de Mayo</p> |
| 5 | MODALIDAD | <p>Podés enviar al docente las actividades por escrito por los canales de siempre (whatsapp o correo electrónico). También podés resolver las consignas en un video .</p> |

15. Una búsqueda imposible

Los delincuentes nos invitaron a todos a bailar. Le sacaron al señor que dormía y que ya no duerme todos sus cigarrillos y convencieron amigablemente al chico de la parejita para que les entregue unas pilas para uno de sus aparatos. Es probable que hayan violado alguna de las leyes de convivencia o de protección de la propiedad privada, pero por suerte se armó el baile. La señora enojada encontró en algún lugar una sonrisa y empezó a moverse y a cantar cumbia como conociendo el repertorio. Todos bailando.

La filosofía es una danza. Se hace con el cuerpo. Se mueve al cuerpo. Se lo abre. ¿Qué se busca en el baile? ¿Cuál es su objetivo? ¿Pero por qué todo tiene que tener un objetivo? Y, sin embargo, no dejamos de preguntar por el sentido de cualquiera de las situaciones en las que nos encontramos. Preguntar, de eso trata. Hallar respuestas es otra cosa. Bailar, de eso se trata. Mover el cuerpo y la cabeza es cuerpo. Tal vez hacer filosofía tenga más que ver con estos movimientos danzarines. Tal vez el amor tenga más que ver con el sinsentido. O la búsqueda de sentido de lo que no tiene sentido. O la búsqueda de sentido de lo que no tiene sentido y por eso lo buscamos y encontramos que cualquiera de los sentidos encubre que en el fondo no hay sentido. El problema de la filosofía es ese "fondo".

¿Y si el amor a la sabiduría fuese una acción de búsqueda que se sabe infructuosa, pero que no puede parar? ¿Y si el sentido de la filosofía fuese solo amar? Solo amar más allá de lo que se encuentre, más allá de lo que se ame, más allá de que haya o no haya devolución, más allá de la reciprocidad. Amar el más allá que no es un más allá proyectado desde el

más acá, sino justamente ese más allá del límite que hace de lo ilimitado solo lo que abre. Sí, está claro que se trata de amar a la sabiduría, ¿pero si el sentido estuviese más bien puesto en esa danza del pensamiento que cada vez que cree haber llegado a algún lugar estable, se vuelve a mover y se desestabiliza? De nuevo, la cuestión reside en dónde poner el acento: ¿en el amor o en la sabiduría? ¿Para qué estamos bailando todos, mientras todos nos reímos, disfrutamos, nos conectamos, o más bien nos desconectamos? ¿Importa para qué estamos bailando? Se puede hacer un análisis de los beneficios que puede traer un poco de expresión cultural como drenaje de una situación peligrosa y entender además que la cotidianidad con todas sus obligaciones y rutinas nos apelmaza; y que entonces este baile, este subirnos arriba de los asientos, estos cruces de miradas con desconocidos que mueven sus cuerpos junto a los nuestros, nos sacan un poco de tanta rutina y expiamos así nuestra desidia existencial propia de una sociedad postindustrial y capitalista tardía. Pero estaríamos utilizando la misma lógica que queremos denunciar: el productivismo, el eficientismo, el utilitarismo. Bailamos porque bailamos, y el primer “bailamos” no es idéntico al segundo. Y así se rompe el principio de identidad, primer principio de toda ontología que establece que “un ente es siempre idéntico a sí mismo”, ya que de lo contrario el mundo sería un escándalo. Parece que la etimología de la palabra “escándalo” la emparenta con la acción de una trampa hecha para hacer caer alguien. ¿Cuál sería entonces la trampa: el principio de identidad o su negación? ¿Y si estamos hechos para buscar aquello que sabemos que no vamos a encontrar?

Penía y Poros, la falencia y la disposición. Cada vez que parece que encuentro la respuesta, nuevas preguntas se generan. O al revés, por ahí se trata de inquirir a las certidumbres y reclamarles apertura: *cuando todo se nos presenta demasiado cerrado y sin fisura, se despierta la sospecha*. Tampoco cierra

la acción de amar sin la persecución, ya que el amor tiene una conexión esencial con la falta, y por ello, con aquello que busca. Platón dice en *El Banquete* que se ama lo que no se posee⁴⁰; y aunque siempre se ha exaltado y se ha puesto el acento en este carácter falente de lo humano, tal vez resulte también interesante pensar ese otro aspecto de los amantes, o sea de los seres humanos: aquel que nos caracteriza como vivientes con cierta tendencia a la posesión. Se ama lo que no se posee, ¿pero por qué necesitamos poseer? ¿Y cómo necesitamos poseer? Ya de por sí, si hay amor a la sabiduría, hay entonces una acción y un objetivo. La acción, el intermediario diría Platón⁴¹, es el amor, cuya práctica se encuentra regida, direccionada, obsesionada, por el hallazgo de esa totalidad que es la sabiduría absoluta. ¿Por qué buscamos la sabiduría absoluta? Platón arremete de nuevo: porque buscamos la inmortalidad⁴². Amar el saber es en realidad, asumir el dolor y la angustia que provoca nuestra conciencia de finitud. Necesitamos poseer la vida eterna aunque sepamos que no existe. Pero igual la perseguimos. ¿Para qué?

Los comportamientos existenciales parecen en principio an-económicos, aproductivistas. ¿Cuál sería el beneficio y la utilidad de perseguir algo que igualmente sé que no voy a encontrar? Si supiéramos que este tren no nos lleva a ningún lado, seguramente nadie se subiría. En la vida cotidiana los criterios son claros y efectivos, y sobre todo, atraviesan los medios para alcanzar ciertos fines. En la filosofía los criterios son otros. Algo así como un medio sin fin, como expresa Agamben⁴³; medios que van por fines imposibles. Y entonces, de nuevo: ¿para qué? Medios que persiguen fines que se saben imposibles. Si existiera la esperanza de arribar a esos fines, la discusión sería otra, pero no es el caso. No se trata del clásico debate sobre el valor de la utopía y su plausibilidad, ya que aquí ya desde el vamos se la sabe imposible. Se trata más bien de una reflexión sobre la imposibilidad. Tal vez toda la filosofía no sea más que una reflexión sobre lo imposible...

Si ya sé de antemano que este tren no llegará nunca a destino, ¿para qué abordarlo? Si ya sé de antemano que todo lo que leo, no lo recordaré, ¿para qué leer? Si ya sé de antemano que el amor no es eterno, ¿para qué amar? Si ya sé de antemano que nos vamos a morir, ¿para qué vivir? No es un juego del pensamiento; o más bien, todo podría ser un gran juego sin ganadores ni perdedores. Jugar, ir quitándole lentamente a las cosas su drama, su densidad, su utilidad, su servidumbre inmediata. Jugar, como esos niños que toman cualquier objeto de la casa y los reconvierten incesantemente en otra cosa y el objeto nunca es aquello para lo cual se supone que fue hecho. Tal vez la existencia tenga algo de este juego de distanciamiento permanente de una primera función supuesta. Distanciarse en cada acto de resignificación, en cada debilitamiento de sentido. “Medios sin fin” en realidad tiende a la paradoja de ejercer acciones que buscan una finalidad que sabemos imposible. Paradojas, imposibilidades, otras figuras de la filosofía.

Si la filosofía alcanza su objetivo, deja de ser filosofía para pasar a ser sabiduría. La sabiduría es ese fin buscado que en su imposibilidad, enciende a la filosofía en su praxis. Lo imposible no se nos presenta entonces como una fantasía inútil que paraliza nuestras acciones, sino todo lo contrario: la parálisis es positiva en la medida en que lo que se detiene es la ansiedad de un pensamiento utilitario que solo se supone que se calma cuando alcanza sus respuestas. Una vez más, ¿para qué sirve la filosofía?

Timorato, el guardia asoma su rostro desde el fondo del vagón de adelante. Estoy transpirado de tanto bailar y es otoño. Toca el silbato y se produce un silencio repentino. Todos nos paralizamos casi como si sostuviéramos la respiración, como una fotografía viviente. Queda sonando la música hasta que alguien la apaga. El tiempo se interrumpe por un rato. Los segundos duran un poco más de lo habitual. Los movimientos rápidos crean la ilusión de que el tiempo es más

veloz, pero este tipo de detención provoca todo lo contrario. El guardia informa que un viejito denunció que le robaron la billetera y en principio aquí estamos los delincuentes. ¿Por qué nosotros? ¿Por qué interrumpir el baile? ¿Por qué hay robos? ¿Por qué hay viejitos, guardias, dinero?

La condena de la filosofía: su propósito es alcanzar la sabiduría, pero si la alcanza deja de ser filosofía. Sin embargo, el problema es mayor: nunca va a alcanzar la sabiduría que busca porque esa sabiduría es imposible. No se trata solo del problema de poder alcanzar la sabiduría plena y dejar entonces de buscar, dejar de hacer filosofía; sino de algo peor que es *comprender que todo el ejercicio filosófico está basado en un argumento paradójico, o por lo menos un poco absurdo: buscamos un saber que sabemos imposible*. Con lo cual, otra vez la pregunta una vez más es la pregunta por lo imposible. ¿Pero qué es lo imposible? ¿Es únicamente la negación de lo posible? ¿Mantienen lo posible y lo imposible una relación de oposición horizontal, de modo tal que ambas se encuentran en el mismo plano y una es la negación de la otra? Si de acuerdo al lenguaje, lo imposible, por comenzar con un prefijo privativo, parece estar negando a lo posible, ¿no es lo posible al mismo tiempo y de por sí también una negación que circunscribe y limita? ¿No es de por sí lo posible una limitación —y por ello negación— del ser en el sentido en que delimita aquello que puede darse de aquello que no? ¿No es lo posible una limitación de lo imposible? O dicho metafísicamente: ¿qué es primero: lo posible o lo imposible? O más bien: ¿hay primero? O más bien: ¿no habría que poder pensar más allá de esta lógica binaria? ¿Cómo sería? Hay que demostrarle al guardia que es imposible que hayamos sido nosotros los ladrones, o los chicos —ya no muchachos, ya no delincuentes— con los cuales hemos bailado. O sea, ¿qué hay que demostrar? ¿No está todo interconectado entre sí: lo posible, lo imposible, la billetera, el guardia, la propiedad privada, el poder? ¿Se trata únicamente de una dicotomía entre inocentes y culpables

o se está jugando más bien la trama misma que delimita en definitiva *qué es un delincuente?*

Poner el acento en el amor más que en el saber para explicar qué es la filosofía, nos conduce al problema de la inutilidad del pensamiento, que nos conduce a su vez a la cuestión de lo imposible. La misma idea de inutilidad corre por el mismo lugar. No podemos pensar lo inútil únicamente como lo opuesto a lo útil; o sí podemos, pero se trata de significados diferentes. En el marco de un pensamiento dicotómico y binario, las cosas se nos presentan solo con dos posibilidades: su posibilidad y su imposibilidad entendida únicamente como negación de esa imposibilidad. O los muchachos son delincuentes o no son delincuentes. No cabe una tercera posibilidad y por ello se ha llamado a este principio con el nombre de *principio de tercero excluido*: los entes son o no son. O son entes o no son nada. Mirar una pared o es una actividad útil o en una actividad inútil. Después podemos jugar a resignificar ciertas acciones inútiles como útiles a la apertura mental o algo por el estilo, pero lo cierto es que en tanto definamos utilidad y consensuemos su significado, su negación será siempre su ausencia. Sin embargo, toda esta ardua problemática descansa en última instancia en una serie de presupuestos cuyo principal eje nos exige no dejar pasar el reciente “consensuemos su significado”. Todo el pensamiento dicotómico se erige en la solidificación de ciertos conceptos a partir de los cuales se tejen todas las conexiones posibles. ¿Qué es lo primero en una red: la fluencia de los vínculos o los nódulos estables? ¿Qué es un nódulo en una red: la intersección de trazas posibles o lugares desde donde se entretejen lazos con otros lugares? ¿Qué es el tiempo: los segmentos que ocurren entre los instantes o son más bien los instantes las necesarias claudicaciones de un tiempo que siempre va y necesita cada tanto la ilusión del detenerse? Si Chaco —que se llama Chaco porque nació en el Chaco— es uno y estable, todo se explica por el pensamiento dicotómi-

co; pero si Chaco es muchos o está en permanente devenir siendo siempre otros posibles, la cosa cambia. La lógica binaria funciona en la medida en que se parte de lugares estancos, pero partir de lugares estancos ya es toda una puesta de la verdad, ya es todo un paradigma de lo real, ya es toda una metafísica.

En general, los defensores del pensamiento binario intentan fundarlo en cierta evidencia intuitiva que, como toda evidencia y como toda intuición, a veces convence y a veces no. Parece convincente que si estamos viendo al guardia acusándonos de robo (a todos, porque ahora somos una gran familia), nos hallamos en presencia de algo claro y concreto: hay un guardia que nos acusa de robo o no hay un guardia ni una acusación ni un robo. Hay o no hay: pensamiento dicotómico. Pero al mismo tiempo entendemos que para que funcione esta lógica, no debería haber dudas acerca de qué es un guardia, qué es una acusación y qué es un robo. Y no se trata solo de un problema epistemológico (de lo que podríamos conocer), sino también ontológico (de lo que las cosas son): ¿qué es un guardia?, ¿qué es un robo? Todo depende. Depende del sistema legal, depende de la moral, depende de la cultura, depende hasta del tiempo. En la medida en que todo pueda ser pensado desde el *todo depende*, el pensamiento dicotómico se nos vuelve problemático.

Más fácil. Lo imposible es una delimitación de lo posible, pero lo posible se expande todo el tiempo. El límite entre lo posible y lo imposible siempre muta. Lo imposible para un tiempo pasa a ser posible para otro. ¿Cómo sostener entonces una dicotomía tan precisa? Una delimitación por definición del término parece ser una marca que coloca límites. “Delimitar” viene de “límite”, pero un límite que se mueve nunca es un límite y hace de los conceptos algo en permanente transformación. La lógica binaria aquietta el mundo, estabiliza, ordena. La movilidad conceptual hace estallar al mundo, los hace mundos abiertos, muestra que toda palabra

es a la vez múltiples palabras. Incluso llegados a este punto hasta podríamos volver a objetar que si el lenguaje no se rigiera por la lógica binaria, ni siquiera podríamos entender esto mismo que estamos diciendo, ya que necesitamos consensuar por lo menos que cada palabra significa lo mismo para los hablantes porque si no la comunicación sería imposible. Otra vez lo imposible...

16. ¿De qué hablan las palabras?

Hay una zona de tensión, como un pasillo donde oscilan dos ideas:

- 1) Las palabras representan a las cosas.
- 2) Las palabras y las cosas se encuentran separadas por un abismo infranqueable.

O para modernizar un poco la problemática, la idea de que las palabras comparten un mismo significado con la idea de que las palabras pueden significar diferente en contextos diferentes que, llevado al paroxismo nos daría lo siguiente: a cada instante, las palabras significan otra cosa. ¿Pero entonces significan cosas? El guardia nos piensa delincuentes (a todos, porque como en una gran familia: si uno es delincuente, todos somos delincuentes); ¿qué significa eso?

El tren volvió a arrancar a sacudones, pero nosotros permanecemos detenidos. Detrás del guardia viene caminando el viejito que había denunciado el robo con su billetera en la mano explicando que la había encontrado. Pero era tarde. Ya habían dudado de nosotros. *Dimos* el tipo de ladrones. *Dimos* delincuentes. Algo nos falta. Etimológicamente, delinquir se asocia con una falta (cometer una falta), con algo que no hay. Nos falta. No entramos en el concepto. Nuestra diferencia no se subsume al *arché*, el elemento común que a todos nos emparenta y nos iguala. Si no se participa del *arché*, no hay visualización y por ello no hay derecho. La ley, que también es *logos*, rige para todo aquello que puede ser subsuimible. La ilegalidad no es solo una falta a la ley, sino una falta en muchos casos ontológica: dejar de ser. Nos bajamos con